

LA VIEJA BODEGA

¿Te he contado la historia de la vieja bodega?

Como no se me daban bien los estudios, con 17 años mis padres decidieron que empezara a trabajar en el restaurante familiar, así por lo menos haría algo “útil”. El negocio no era gran cosa, dábamos una media de 15 a 20 comidas diarias, pero suficiente para seguir adelante. Apenas tenía 4 días libres al año y trabajaba de Sol a Sol, pero bueno, era el castigo a pagar por no haber sido capaz de estudiar una carrera “como Dios manda”. Y contento de poder trabajar y sacar mi familia adelante. No culpo a nadie de ello.

Al cabo de unos años, mis padres fallecieron y yo me convertí en el único propietario y a la vez responsable del negocio. Seguíamos teniendo la clientela de siempre, no era gran cosa pero suficiente. Y cuando parecía que por fin me estaba haciendo con el negocio... ocurrió la catástrofe.

Tampoco puedo culpar a nadie del incendio. El último en cerrar el restaurante la noche anterior fui yo, como siempre. Quizás me olvidé una luz encendida o fue un mal contacto de la vieja instalación eléctrica que nunca quise reformar, por temor a estar cerrados unas semanas.

Aquella fue la crisis más grande podía imaginar. Mi vida no había sido fácil pero ahora estaba totalmente arruinado y lo peor... solo. El suicidio no era opción y la huida a un lugar lejano donde nadie me conociese tampoco pues las familias de los 7 empleados que tenía dependían de mí. ¿Qué hacer? Lo más fácil hubiera sido indemnizarles con el dinero del seguro pero en ese momento escuché algo dentro de mí. Era una voz suave camuflada entre los ruidos de mi mente, una voz que había estado callada muchos años y que ahora resurgía con autoridad y esperanza. Quizás había llegado el momento de hacer algo por mí mismo en la vida ¿qué podía perder? Decidí arriesgarme y reconstruir la vieja bodega. Como con el dinero del seguro no era suficiente, se me ocurrió la idea de vender participaciones del nuevo negocio a los trabajadores. Ya no serían empleados sino socios y seguro que trabajarían más a gusto. Además aquel viejo restaurante era tanto de ellos como mío.

Como éramos más a decidir, mi idea de simple reconstrucción varió un poco. Hicimos un comedor más amplio, nos especializamos en comida regional y el hijo del cocinero nos hizo una página web que aparecía en todos los buscadores de gastronomía. Nos gastamos hasta el último céntimo en la publicidad pero fue sobre todo aquel reportaje en la televisión regional donde contábamos cómo había sido la reconstrucción del restaurante lo que hizo que el comedor se llenara todos los días de la semana y todas las semanas del año.

Han pasado ya 9 años y el negocio va viento en popa. Damos más de 100 comidas diarias y aparecemos en todas las guías de restaurantes. No puedo tampoco culparme del éxito, ha sido un logro de todos juntos. Pero de lo que sí puedo felicitar me es de haber tomado aquella decisión, de haber hecho caso a aquella voz de mi interior, de haber transformado una desgracia en una oportunidad. Y eso... eso me hace feliz.